

3 / 8 / 95

**COMUNIDAD SALESIANA
DE LA CASA INSPECTORIAL**
Inspectoría de «María Auxiliadora»
SEVILLA



Sevilla, 12 de noviembre de 1995

Queridos hermanos:

Con sentimientos de dolor, pero con el gozo y la esperanza que nos da la fe en Jesús Resucitado, os comunico el encuentro definitivo con el Padre, a los 81 años de edad, de nuestro hermano salesiano sacerdote:

DON FERNANDO MARTAGON BOCIO

Nuestra Inspectoría ha perdido en este año otro hermano bueno y fiel, que un día se entregó a la Congregación para dedicarse por completo al servicio de los jóvenes. Su vida ha sido rica en generosidad y disponibilidad. Tras unos años de desgaste, como consecuencia de su dedicación a los demás, y después de unos días de padecimiento en el Hospital Universitario Virgen Macarena, nos dejó el 3 de agosto para ocupar el lugar que Jesús le había preparado junto al Padre.

Damos gracias a María Auxiliadora y a Don Bosco en la persona de Don Fernando, que con tanto cariño y sencillez dedicó toda su vida a hacer presente el amor de Dios entre los jóvenes.

1. UNA VIDA AL SERVICIO DE LOS JOVENES

Nace el 9 de octubre de 1913 en La Puebla de Cazalla, situada entre las comarcas de La Campiña y la Sierra Sur, a unos 68 Kms. de Sevilla. Procede de una familiar cristiana y numerosa de 14 hermanos. Desde pequeño sintió la llamada a la vida religiosa, inducido, tal vez, por la amistad que mantenía con la comunidad de los Padres Carmelitas de su pueblo.

Pero Dios le ofrecía otra parcela de la Iglesia. Don Bosco lo quería para él y, por mediación de su paisano Don Modesto Jiménez, salesiano de solera y de madera de roble, le invita a emprender su mismo camino de entrega a los jóvenes más pobres.

1.1. Su llegada a la casa de Don Bosco

A los 14 años se incorpora a la Casa de Cádiz para iniciar el primer curso de Humanidades. Al año siguiente pasa a la Casa de Montilla para continuar sus estudios.

En estos primeros años mantiene un comportamiento ejemplar y un deseo de vivir su vocación, estableciendo unas buenas relaciones con sus compañeros. Estos le consideraban como un buen amigo, dada su bondad natural y su gran afición al deporte; descubrieron en Fernando un compañero sincero, amable, servicial, cumplidor y piadoso.

Dotado de una buena voz, hacía de solista tanto en las celebraciones religiosas, como en las veladas y teatros; voz que ha querido conservar y demostrar hasta en sus últimos años.

Todo esto, unido a su modo de ser bondadoso, le proporcionaba un cierto prestigio ante los compañeros, valorándolo positivamente.

Fue creciendo en su vida de fe, en el aprecio a Don Bosco y al espíritu salesiano, al mismo tiempo que avanzaba en los estudios. Durante estos primeros años y posteriormente en el Noviciado y en los estudios de Filosofía, en San José del Valle, fue dando muestras evidentes, mediante el crecimiento de su formación humana, cristiana y salesiana, de su talante alegre y servicial con los compañeros y formadores.

Estas mismas cualidades las ejercitó después y las acrecentó en sus primeros años de trabajo directo con los muchachos en el trienio y en los años del teologado.

1.2. Sus primeros años de labor apostólica

En 1935 fue enviado como trienal a la Casa de Carmona, donde estuvo un curso.

De aquí pasó a la Casa de Algeciras, donde permaneció dos años (1936-1938). Fue uno de los fundadores de la Casa y el primer clérigo de la misma. Afianzó su vocación salesiana al contacto con la realidad dura en los comienzos de esta obra, dedicando todo su entusiasmo juvenil a los chicos y compartiendo con ellos las clases, el patio, el teatro y los paseos.

Siempre recordaba, con verdadero cariño y con agrado, aquellos dos años algecireños después de las dificultades encontradas en el destino anterior, donde estuvo a punto de abandonar su vocación.

Como premio a los méritos contraídos en la Casa de Algeciras, le regalaron un año más de trienio en Cádiz. Allí le recuerdan con verdadero afecto por su entrega generosa a los chicos en la tarea docente y en las actividades recreativas y deportivas.

En el curso 1939-1940, comienza sus estudios de teología en la casa de Utrera, compartiendo sus deberes de estudiante con la labor de maestro y asistente. Al año siguiente, continúa sus estudios teológicos en Madrid (Carabanchel Alto), culminándolos con la ordenación sacerdotal el 19 de junio de 1943.

1.3. Montilla le marca para siempre

Después de sus dos primeros años de sacerdocio en Pozoblanco, trampolín para Montilla, llega a ésta en el curso 1945-1946, donde pasa siete años intensos de siembra agotadora y de cosecha abundante como Encargado del Externado. Eran los años de la posguerra: años difíciles en todos los sentidos. Se entregó de lleno a la formación de aquellos muchachos para los que fue no sólo maestro, sino padre, protector y amigo.

Su fino olfato de “futuro y veterano ecónomo”, le obligó a poner en juego sus buenas dotes de captación de amistades y de personas “bienhechoras”, que le ayudarían a mitigar el hambre de muchos chicos: organiza fiestas y paseos largos, haciéndoles pasar momentos felices y olvidar, en parte, las muchas penas y estrecheces de sus casas.

Cuando el Director lo propuso como Consiliario del Círculo Domingo Savio, fue acogido por los chicos con las mejores muestras de simpatía. Al principio Don Fernando les ofreció la reorganización del Círculo, comenzando por la elección de una nueva Junta, cuyo Presidente fue Arturo Hidalgo Trillo, su brazo derecho.

Alternaba su labor de escuela y de Antiguos Alumnos con el servicio ministerial diario de confesor de los aspirantes. ¡Cuántas veces -nos decía- que también él tenía un buen número de asiduos penitentes entre los aspirantes, cuando le recordábamos entre bromas, que el “confesor titular” era Don Antonio do Muiño!.

Se volcó de lleno hacia los antiguos alumnos, especialmente los más jóvenes. Consiguió resurgir el “Círculo de Domingo Savio”, como vivero de jóvenes que, al llegar a la edad reglamentaria, pasaban a engrosar el número de la Asociación de Antiguos Alumnos.

En el pasado septiembre apareció en la revista “**NUESTRO AMBIENTE**”, de los Antiguos Alumnos de Montilla, un artículo de su gran amigo Arturo Hidalgo, como Homenaje Póstumo, del que entresacamos algunos párrafos para poder apreciar el cariño que le tienen en esa ciudad tan salesiana:

- “Su amabilidad, su actividad incansable y la entrega al apostolado juvenil, lo definieron como un salesiano actualizado que supo inculcar a sus alumnos y a los antiguos alumnos de la época el carisma de Don Bosco con una educación esmerada, sana alegría en el tiempo libre, con la creación de un Centro para los jóvenes, donde los deportes, el teatro, la música y las excursiones fueron los medios para atraer a los más alejados, y de paso seguir formándoles cristianamente con la creación de círculos de estudios, conferencias formativas y prácticas religiosas...”.

- “Colaboró eficazmente en los actos de la Coronación de María Auxiliadora, al frente de la Comisión Juvenil del Cincuentenario Salesiano.

Contribuyó al esplendor de los actos de Beatificación de Domingo Savio en nuestra ciudad, que culminaron con una gran procesión...”.

- “Jamás olvidó a Montilla y a sus amigos, que emocionados fueron a acompañarle a la estación el día 9 de septiembre de 1950, tras el homenaje de despedida, donde no faltaron los testimonios de agradecimiento por la labor desarrollada y la cálida portada del número 10 de la revista **Tu Hojita**”.

- “Supo imprimir en el ambiente general de la población el amor a la Virgen, en sus alumnos la continuidad del espíritu de Don Bosco y en los jóvenes circulistas, la ilusión de vivir en cristiano con la honradez en el trabajo y las responsabilidades como padres al formar una familia que fuese orgullo de la sociedad”.

- “ Los que tuvimos la suerte de vivir aquella época junto a Don Fernando, nos sentimos orgullosos de su enseñanza, pudiendo proclamar, una vez más, agradecidos, **BUEN PADRE**, desde el cielo **MONTILLA NUNCA TE OLVIDA**”.

Por Montilla han pasado grandes, sabios y santos salesianos. Don Fernando nunca se ha distinguido por ser un salesiano de grandes estudios, pero sí ha sido un salesiano popular en el estricto sentido del término: hombre cercano, amigo y preocupado siempre por la formación integral de sus alumnos, antiguos alumnos y cuantas personas le han conocido.

Creo, sin exagerar, que Don Fernando ha dejado escrito un capítulo importante de la historia salesiana de Montilla. Esto lo corrobora el testimonio de los que le conocieron y crecieron a la sombra de su gran humanidad y de su talla salesiana.

No me resigno a concluir este apartado sin recordar aquellas palabras que Don Santiago Sánchez Regalado, antiguo inspector, refería al respecto: “Los dos personajes más célebres e importantes que han pasado por Montilla han sido **EL GRAN CAPITAN Y DON FERNANDO MARTAGON**”.

1.4. La “Trinidad” le consolida en su entrega sacerdotal

A la Casa de la Trinidad, de Sevilla, es destinado en dos ocasiones: en un primer momento (1950-1954) como Encargado del Externado, pasando después a Ecónomo (antiguamente, Prefecto) desde el año 54 al 57. En un segundo momento (1971-1981), con unos añitos más a sus espaldas y curtido por la experiencia del cargo, vuelve a su querida “Trinidad”, como Ecónomo.

Con la pericia adquirida en Montilla, llega a Sevilla para continuar trabajando con el mismo entusiasmo y en la misma parcela: Encargado del Externado. Se dedicó en cuerpo y alma a los alumnos, al Círculo de Domingo Savio y a los Antiguos Alumnos. Era constante y meticulado en llevar las crónicas del Externado y del Oratorio con todo tipo de detalles: fotografías, recortes de prensa, programas de fiestas, veladas...

Sabía conquistar el corazón de los muchachos, dedicándoles todo su tiempo con cariño, simpatía y optimismo. Su gran preocupación no sólo era prepararles para la vida a través de su formación humana y religiosa, sino hacerles la vida atractiva y agradable, valiéndose del pequeño clero, teatro, veladas, cantos religiosos y regionales, deportes...

Ejercía su ministerio en el Colegio y en la capellanía de las Trinitarias (El Beaterio). Todos los días, después de celebrar la Eucaristía con verdadera unción, dedicaba un tiempo al confesionario para quienes lo necesitaran, tanto las religiosas como las niñas internas, sabiendo dar siempre el consejo oportuno.

Era un salesiano de patio y de corazón oratoriano. Llevado por el cariño a los muchachos y su gran afición al fútbol, organizaba competiciones deportivas, donde todos tenían cabida. Cuenta un antiguo alumno suyo que, caminando un día con él por la calle Sol, se le acercaron unos mozalbetes y le dijeron con toda naturalidad: “Cura gordo, nosotros queremos que nuestro equipo de fútbol juegue contra el tuyo, pero no nos dejan”. Don Fernando les prometió que se cumpliría su deseo y, desde entonces, ese equipo participó en todas las competiciones.

Una de su grandes preocupaciones era buscarles trabajo a los muchachos que terminaban los estudios primarios y visitar a los antiguos alumnos enfermos. Siempre mostró buenas cualidades para las

relaciones públicas, dada su forma sencilla y campechana, que le permitían fomentar buenas y rentables amistades para poder recomendar a sus alumnos y encontrarles un puesto de trabajo.

Después de cuatro años como Encargado del Externado, habiendo mostrado buenas cualidades organizativas y revalidando su entrega y su amor a la Congregación, los superiores le nombran Administrador de la Casa.

A pesar de ser años difíciles económicamente, siempre se mostró como el Administrador atento y solícito para todos. Supo tener su despacho y su corazón abiertos para atender, amable y diligentemente, todos los frentes que surgieran. Era ordenado y previsor para que todo estuviese a punto.

Fiel cumplidor del deber de cada día, tanto en sus prácticas de piedad como en el ministerio sacerdotal. Responsable de las obligaciones inherentes a su cargo hasta el extremo; siempre estaba en su sitio como la cosa más natural del mundo. Le gustaba tratar con todos, enterarse de lo que sucedía aquí y allá, alternar..., pero sin faltar jamás a su deber.

Vuelve por segunda vez a su querida Trinidad, también como Administrador (1971-1981). Diez años de trabajo incansable y de servicio incondicional que le hacen acreedor del cariño y del agradecimiento de todos cuantos le trataron.

En esta época, permanece al margen de la enseñanza, debido a sus años, pero siempre preocupado por todas las actividades de la Casa. Se sentía corresponsable con todo el trabajo y preocupaciones de los demás hermanos de la Comunidad.

Muy dedicado a la administración; ha sido un hombre que no ha sentido la tentación por los primeros puestos, permaneciendo en la "trastienda" atento para que todo marchase lo mejor posible, estando siempre a disposición y al servicio de todos. Rara vez se le veía destemplado y de mal humor. En cualquier momento se podía acudir a su despacho con la certeza de ser amablemente atendido. Su actitud era siempre fraterna, humana, afectuosa y cercana.

Dedicaba mucho tiempo a la Asociación de los Antiguos Alumnos. Sentía un gran amor y simpatía hacia ellos; siempre estaba a su lado. Fue

el amigo fiel y el sacerdote celoso y dispuesto. A ellos entregó parte de su vida salesiana y sacerdotal. Estaba al tanto de los acontecimientos de la vida de cada uno de ellos. Se preocupaba de sus problemas familiares, religiosos y laborales y, cuando se enteraba que alguno estaba enfermo, acudía presto a visitarlo.

1.5. Cádiz, Campano, Jerez..., servidor fiel y solícito

En el año 1957 es enviado a la Casa de Cádiz, como Prefecto. Le espera una tarea delicada y, al mismo tiempo, difícil, ya que allí se encontraban los aspirantes, tanto latinistas como coadjutores, además de los salesianos coadjutores jóvenes, amén del Externado y un buen grupo de huérfanos de militares.

La Casa tenía pocos recursos económicos pero, dada su experiencia de buen administrador y su gran afán de servicio, se entregaba con toda su alma. La Casa ganó muchísimo, pues su trabajo y su buen hacer se hicieron sentir en todos los aspectos.

Todos los que le trataron, pudieron comprobar su sencillez, su espíritu de servicio alegre y eficaz. Fue siempre fiel cumplidor de sus obligaciones, expresadas en la vivencia de la vida comunitaria, en las tareas que se le encomendaban y en el trato amable para con todos los que le necesitaron.

Poseía una gran capacidad de empatía y de relaciones públicas de las que sacaba siempre partida en pro de la Casa y de los aspirantes. En esos años de ciertas dificultades económicas, supo estar a la altura de las circunstancias, poniendo los medios necesarios para dar respuestas satisfactorias al buen funcionamiento de las instalaciones de la Casa y atender, lo mejor posible, todas sus necesidades.

No deja de sorprender su pronta entrega a los Antiguos Alumnos. Se hizo rodear de una buena Junta, dándole un gran impulso a una asociación, un tanto apagada y sin vida. Los antiguos alumnos de aquellos años le recuerdan con verdadero afecto, porque supo trabajar con ellos con talante salesiano.

Después de ocho años de extensa labor salesiana y sacerdotal, es enviado por la obediencia a la Casa de Campano. Aquí pasa otros ocho

años, también como Prefecto, antes de volver por segunda vez a la Trinidad, como se ha indicado más arriba.

Su carácter campechano y abierto le gana la simpatía y la amistad de todos. Se convierte en un “campero” más, sin perder su capacidad de servicio y el cumplimiento de sus deberes: atento siempre a las necesidades de los salesianos, de los alumnos y del personal no docente.

Durante estos años se organizaban en Campano encuentros vocacionales y colonias de verano con los chicos; siempre dispuesto para que estuviesen atendidos no sólo en la Casa, sino cuando se desplazaban a la playa o en los paseos matinales. Mostraba gran satisfacción cuando se presentaba con el Land Rover, haciendo de recadero y proporcionándoles cuanto le habían pedido.

Dotado por Dios de una natural bondad y de un sentido o gusto especial, se consagró como un buen catador de las esencias y derivados de la vid. Esto le convierte en un conversador ameno, pasando y saboreando momentos de amistad y ratos de agradable conversación.

Siempre supo encontrar, con garantía de éxito, los aspectos festivos y alegres de la vida, compartiendo con los salesianos y amigos los acontecimientos y las conmemoraciones importantes. Sus gestos de generosidad y su buen trato le proporcionaban el respeto y el aprecio de todos.

Desde 1981-1985 estuvo de Ecónomo en la Casa de Jerez de la Frontera, donde pasó años muy gratos. Como un perfecto “veterano en el cargo de Administrador” -pues ha estado más de 30 años entregado a este servicio- dedicó una gran parte de su tiempo y energías a la mejora de los talleres e instalaciones de la Casa. Su simpatía y sus buenos modales le granjearon la estima y el cariño de todos.

Trabajó incansablemente por la Asociación de Antiguos Alumnos jóvenes. Estos, animados por él, desarrollaron una gran actividad en el centro y en la ciudad. Festejaban con entusiasmo y fervor la fiesta de Don Bosco. Semanalmente, celebraba la Eucaristía con ellos y les mantenía en “forma” con su presencia y sus buenos ejemplos.

Con frecuencia repetía su frase favorita: “El que lo quiera mejor, que lo haga él”. Siempre tuvo una palabra de aliento en los momentos de

dificultad y practicó la caridad pastoral con el estilo propio de un hijo de Don Bosco.

Fue un gran entusiasta de la devoción a María Auxiliadora. Potenció su fiesta un tanto depauperada, y con la ayuda de su Director, Don Alfredo Galindo, y con el inestimable concurso y entrega de su buen amigo y colaborador Don Francisco Solís Benjumea, logró construirle un magnífico paso de plata a María Auxiliadora.

Gracias a Don Fernando y a todos sus colaboradores, María Auxiliadora pudo salir, por primera vez, en procesión por la barriada el 24 de mayo de 1983. Esto lo contaba en los últimos años como una de las mejores realizaciones de su vida.

1.6. Casa Inspectorial: su etapa final

Cansado por el duro trabajo en los distintos lugares por donde ha pasado, en 1985 es enviado a la Casa Inspectorial para prestar su último servicio como Administrador, atendiendo a los hermanos de la Comunidad y acogiendo a cuantos pasaban por la Casa.

Dispuesto a servir y acoger, estaba siempre vigilante en su “sitial” como un verdadero patriarca, acogiendo y disponiendo para que todo estuviese a tiempo y no faltase lo más mínimo.

Le gustaba estar al tanto de los acontecimiento de las Casas y de sus hermanos los salesianos. Cuando venían a la Casa Inspectorial o llamaban por teléfono, tenía la fina habilidad para ponerse al corriente de todo y de todos. Tenía curiosidad innata por conocer, de primera mano, los nuevos destinos de los hermanos; sabía sonsacar con una copa de buen vino y sus correspondientes aperitivos el resultado del encuentro mantenido con el Inspector. Y cuando no lograba controlar a alguno, decía: “Este se me ha escapado”.

Conservó la buena costumbre de tener al corriente de todo lo que sucedía en España, a través de recortes de prensa, a los salesianos de la Inspectoría que se encontraban en Roma. Era una forma de mantener el contacto periódico y fraterno con estos hermanos en la distancia; lo mismo hacía con los que habían dejado la Congregación, enviándoles mensualmente el Boletín Salesiano.

Hasta 1991 desempeñó con normalidad y eficacia este servicio en la Comunidad de la Casa Inspectorial. Con el peso de los años y mermado en sus facultades, tuvo que ir dejando muchas cosas que venía haciendo con tanto cariño y esmero. Sufría, debido a los achaques, cuando no podía hacerlas como antes. Su normal actividad la suplió con la oración y el sacrificio de sus limitaciones.

Ocupaba el centro de nuestra Comunidad, manifestado en las muchas atenciones hacia él; con las bromas que le gastábamos, unas veces toleradas con agrado y otras menos, contribuía a crear un clima de familia y de distensión. Hoy le echemos de menos, pues eran tantas las anécdotas diarias y las respuestas “consabidas”, que ayudaban a favorecer una sana alegría tanto para la Comunidad, como para los que nos visitaban.

1.7. De la casa de Don Bosco a la casa del Padre

El 21 de julio, debido a un infarto cerebral, tuvimos que ingresarlo urgentemente en la clínica, donde pasó unos 12 días muy bien atendido por los médicos, personal sanitario, su familia y la Comunidad. Es de agradecer, sinceramente, el interés que mostraron varios médicos amigos y el cuidado intensivo de las dos señoras que lo atendieron y acompañaron día y noche: M^ª. Carmen y Amparo. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento más sincero.

En la tarde del 2 de agosto, le dieron el alta y lo trasladamos a la Casa Inspectorial. Pasó toda la tarde y la noche en constante somnolencia, y a las 8 de la mañana, del día 3, tuvo un nuevo infarto cerebral. Después de una hora de agonía, entregaba su alma al Padre reconfortado con la oración y la compañía de familiares y hermanos de la Comunidad.

Fue consciente hasta el último instante, en el que con gran fuerza cruzó sus manos, ya yertas, acompañándonos en la oración que ofrecíamos por su eterno descanso, al mismo tiempo que le corrían unos buenos lagrimones por las mejillas.

2. HOMBRE DE GRAN HUMANIDAD

Gran parte de esta faceta ya se ha puesto de manifiesto al reseñar su labor en las diversas ocupaciones que llenaron su larga vida salesiana.

Pero creo que se ha de subrayar su gran talla humana y su cariño en todo lo que ha realizado. Se le sentía cercano, fraterno y humano. Siempre tenía una buena palabra y una agradable atención para todos los que se le acercaban, a pesar de que en sus últimos años, debido a los pocos reflejos y a la edad, no siempre respondía como era de desear.

No era un hombre culto y dedicado a los libros, pero sí tenía siempre el corazón y los oídos abiertos a cualquier noticia comunitaria, local, española e internacional. Mostraba una gran capacidad de admiración: todo le preocupaba y le llamaba enormemente la atención. Era un “interrogador” nato, pues tenía la curiosidad propia de un niño por saber y estar al tanto de todo.

Le gustaba saborear una copa de buen vino y charlar con los amigos en agradable y distendida conversación. Sabía adaptarse a las personas y a las circunstancias. Era amable y sencillo con todos. Cuando preparaba una comida -él le llamaba “banquete”- era uno más al frente de los que le ayudaban.

Siempre se le vio sereno y tranquilo en medio de pequeñas y grandes dificultades. En momentos de penurias económicas, sabía conservar la calma.

Un hombre bueno en todo el sentido de la palabra. En él no existía la maldad, pues era de una bondad natural y sencilla. Se mostraba amigo de los amigos y tenía un verdadero cariño por toda su familia; se interesaba por todos y quería, especialmente en sus últimos años, estar informado de todos ellos. Le agradaba que vinieran a verlo para poder compartir con ellos sus alegrías y preocupaciones.

3. BUEN RELIGIOSO Y HOMBRE DE FE

De todo lo dicho hasta aquí, quisiera resaltar algunos aspectos que caracterizaron la vida salesiana y sacerdotal de Don Fernando:

- **Cumplidor de sus deberes:** responsable de las obligaciones inherentes a su cargo. Sabía estar en su sitio, y lo hacía con una gran sencillez. Todo lo que dependiese de él, lo asumía totalmente, llevándolo a buen puerto.

- **Su celo sacerdotal:** a lo largo de su vida vivió con entusiasmo su sacerdocio. Sacerdote bueno y sencillo que sabía querer e interesarse por todos, como lo demostró siempre: conocedor de la realidad de las personas, las cosas y las circunstancias.

- **Su obediencia:** en él se hacía realidad aquello de que “un deseo de los superiores era para él una orden”. Esta obediencia no le impedía contrastarla con su parecer, pues muchas veces se le oía decir: “a mí esto me parece un disparate y así se lo he dicho al Director, pero lo manda... allá él”.

- **Sus prácticas religiosas:** fiel cumplidor, acudía siempre el primero a todos los actos religiosos de la comunidad, incluso hasta el último día que estuvo entre nosotros. Se le veía recogido en la oración y celebraba la Eucaristía con verdadera unción.

- **Su vivencia comunitaria:** supo vivir la vida comunitaria como una dimensión fundamental de su vida. Desde la sencillez y naturalidad, contribuía y se adhería a todo el trabajo de los hermanos, facilitándolo, asumiéndolo y acompañándolo. Esto lo demostraba con su deseo innato y preocupación constante por conocer las actividades de los demás hermanos.

- **Su gran devoción a María Auxiliadora:** su devoción a la Virgen era notoria y ejemplar. Fue un gran entusiasta en propagar esta devoción allí donde estuvo. Nunca faltó en su despacho un pequeño museo de imágenes y cuadros que presidían todo su trabajo y preocupaciones. No escatimaba nada por ella. Al final de sus años siempre se le veía con el rosario en las manos; como muestra de ello, ese mismo rosario acarició sus manos yertas en el ataúd.

4. GRATITUD Y ESPERANZA

Sentimos la marcha de nuestro querido hermano Fernando, pues ha sido una estimable pérdida para todos los que le hemos conocido. No obstante, damos gracias al Padre porque, además de encarnar el espíritu salesiano, ha sido un regalo para la Iglesia.

Nuestro hermano ha vivido el carisma de Don Bosco en el servicio de administrar los bienes que Dios ha puesto a nuestra disposición para la promoción y evangelización de los jóvenes.

Hoy resuenan, de nuevo, las palabras del Evangelio: **“Fernando, has sido un empleado fiel y cumplidor, pasa al banquete de tu Señor”** (Cfr. Mt. 25,23).

Don Bosco, que le proporcionó abundantemente aquí en la tierra **PAN y TRABAJO**, ahora le premia con el gozo del **PARAISO**, recibiendo la paga merecida, ya que estuvo presto y generoso en acudir a la viña del Señor.

Notamos y sentimos su ausencia, pero estamos alegres porque su vida ha sido fecunda en generosidad y servicio a los jóvenes. La esperanza cristiana nos conforta y alienta, pues sabemos que goza ya de las Bienaventuranzas. Tenemos la certeza de su intercesión ante María Auxiliadora por todos nosotros.

Pedimos a Dios que siga enviando jóvenes dispuestos a tomar el relevo y ocupar el puesto que nuestro hermano Don Fernando ha dejado. Los surcos de la besana están preparados; sólo faltan brazos generosos que esparzan la semilla abundante para un trigo nuevo, alimento de tantos y tantos jóvenes necesitados.

Agradezco, en nombre de su familia y de nuestra Comunidad, a todas aquellas personas que nos han acompañado en el dolor y en la oración. Que María Auxiliadora y Don Bosco nos bendigan con nuevas vocaciones para la Iglesia y la Familia Salesiana.

De nuevo, nuestro agradecimiento y oraciones.

ENRIQUE VARGAS MÁRQUEZ, DIRECTOR.

Datos para el Necrologio:

Sacerdote FERNANDO MARTAGON BOCIO

Nació en La Puebla de Cazalla (Sevilla), el 9 de octubre de 1913.

Primera Profesión, el 10 de agosto de 1933.

Profesión Perpetua, el 21 de julio de 1939.

Ordenación Sacerdotal, el 19 de junio de 1943.

Murió en Sevilla, el 3 de agosto de 1995, a los 81 años de edad.